

Incertidumbre y miedo

Jaime Augusto Shelley

¿TODO TIEMPO PASADO fue mejor?

Examinemos algunos ejemplos de nuestra Historia.

1. Cuando Miguel Hidalgo lanza su pronunciamiento de rebelión, la madrugada del 16 de septiembre de 1810, lo hace no contra la Corona de España, sino más bien en defensa de ella, y contra la usurpación napoleónica.

Las matanzas de españoles que siguen a su paso por diversas plazas se deben a la actitud poco cooperativa de los ricos que se niegan a entregarle las sumas de dinero que les exige. Para sentar un ejemplo, manda pasar a cuchillo a muchos ricos *peninsulares*.

La confusión en las Colonias, antes sometidas a la Corona borbónica, es pavorosa. ¿Quién manda? El Virrey no sabe qué hacer. Se mantiene un compás de espera mientras se reciben más noticias. Las hordas de Hidalgo logran éxitos en su campaña y se planea tomar la ciudad de México a la mayor brevedad posible, ya que se encuentra con una guarnición menor a la de los insurrectos. La población de la Capital de la Nueva España está aterrada.

¿Por qué Hidalgo cambió de parecer? Se dice que lo sucedido hasta ese momento (el asesinato y el saqueo) le produce desazón. Una matanza y su secuela de crímenes en la capital causarían horror. También es muy probable que los síntomas de su locura ya se habrían manifestado. Poco después, los otros jefes le quitan el mando militar y lo encierran en una jaula (ver *Revolución de Independencia*, de Luis Villoro).

2. Las fuerzas al servicio de Maximiliano desplegaban, en los poblados considerados hostiles, una particular política de control y represión:





Fotografías: Alejandro Arteaga

tomaban rehenes y pedían rescate por ellos; si no se pagaba puntualmente, eran pasados por las armas. Los que luchaban bajo las banderas de Juárez hacían lo mismo. No eran soldados, eran simples bandoleros que aprovechaban la circunstancia para lucrar (ver las *Memorias* de don Irineo Paz).

3. Los cambios en la azarosa lucha revolucionaria de principios del siglo xx eran continuos: se tomaba una plaza y se abandonaba, para volver a tomarla días después, de acuerdo con los movimientos de las tropas enemigas. Sólo que, mientras tanto, se exigía el apoyo de los pudientes, más exactamente, de sus administradores o caporales ya que, por lo general, los dueños nunca estaban allí, más bien en la capital (la nacional o la del estado) donde hacían sus componendas. O tal vez de viaje por Europa, los Estados Unidos, Egipto, la India, etc.

De todas maneras, las exacciones y las ejecuciones de civiles eran de uso corriente. Siempre resultaban traidores, al verse obligados a entregar a uno y a otro, según el caso, dinero y bastimentos, caballada o forraje (ver *Las Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán, entre muchas otras más).

4. La llamada Decena Trágica es uno de los episodios más repugnantes de nuestra historia. Se subleva el mando del Ejército y se acuartela en la Ciudadela después del intento fallido del general Reyes de tomar el Palacio Nacional y deponer a Madero. Las calles se encuentran llenas de cadáveres en descomposición y

cualquier intento de salir de las casas puede resultar mortal. La población está llena de miedo y sin saber qué hacer. Las descargas de fusilería y los cañonazos al parecer no terminan nunca. Faltan agua y víveres. Hay quienes se arriesgan a salir e intentar destazar los caballos muertos para alimentar a sus familias. Cunde el pánico y se reportan muchos muertos y heridos. Gran parte de la población pudiente abandona, cuando puede, la ciudad para refugiarse en pueblos aledaños. El saldo de muertos nunca se sabe.

5. Otro “incidente” del que se habla poco es el asesinato, por razones de eliminación arbitraria o de plano *limpieza étnica*, de un número considerable aunque indeterminado de chinos en el norte del país por órdenes, se dice, del general Obregón.

Se reunió a los grupos de los campamentos en donde se habían instalado y se les pasó por las armas, indiscriminadamente. Poco se habla de esta horrenda masacre. No forma parte de la heroica gesta revolucionaria a la que nuestros historiadores son tan proclives.

6. La guerra cristera dejó saldos extraordinariamente crueles en sus registros; se mandaba desorejar, azotar, tragar bichos y sufrir ayunos de agua y comida prolongados, hasta sacarle el diablo a algún alma *poseída*, al mismo tiempo que se le obligaba a entregar sus pertenencias en beneficio de la Santa Causa.

Eventos más cercanos en la Historia han quedado ampliamente comentados por tirios y troyanos, como es el caso de los miles de ferrocarrileros en el ‘58, los

diversos movimientos de guerrilla, con sus respectivas masacres, desapariciones y encarcelamientos, y el estudiantil del '68 con secuela en el '71. A partir de allí, toda manifestación social de importancia se ha manejado como parte de un curioso fenómeno mediático, en el que las partes involucradas pueden manipularse, fragmentarse y disolverse en las pantallas de televisión, al gusto del productor. De este modo, noticias que antes solían reservarse a los medios locales se han vuelto *reality shows* de gran audiencia, aunque han perdido su glamour por un natural desgaste.

Más de la mitad de nuestra población vive en la miseria y un alto porcentaje de ésta, en situación extrema.

Nuestro Primer Magistrado (a fuerzas) filma un documental como protagonista y guía turístico para ensalzar las bellezas naturales de México con la supuesta intención de atraer turismo. El país se cae a pedazos a manos de los cómplices corruptos (¿es necesario calificarlos?), políticos, usureros (ellos se hacen llamar banqueros) y el sinnúmero de rapaces burócratas de alto rango que venden al país sin nada que los detenga. Y todavía



hacen circular un nuevo juguetito, ¡buscan reelegirse! Y seguir lucrando. Sea el gobierno del partido que sea. Eso ya parece no importar mucho.

No se trata de historias aisladas sin relación alguna. Es la Historia que se repite, incesantemente, porque está modelada con base en ejemplos clásicos. Demos un vistazo:

Son los días en la Roma antigua durante un triunvirato de difícil existencia, allá por los años 64-65 a.C.; representan al partido aristocrático Cicerón, Catón y, por el partido popular, César con el soporte de Craso. Les dan a estos últimos su apoyo un numeroso contingente de pequeños propietarios, aristócratas endeudados o de plano en quiebra, antiguos soldados que se hallan agobiados por las deudas y en manos de la usura, jóvenes deseosos de peligros, aventureros de toda clase e incluso mujeres mundanas.

Salustio nos cuenta en su *Conjuración de Catilina* (un maravilloso libro editado por la UNAM en su colección Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, texto bilingüe con versión al español de Agustín Millares Carlo, 1944) cómo, en sus afanes de ser elegido, un sujeto llamado Catilina —alentado, se dice, por César—, al ver desmanteladas sus ambiciones de alcanzar el puesto de Cónsul por sus enemigos, especialmente Cicerón —que apoya la candidatura de Pompeyo—, se lanza a fraguar una rebelión, usando como arma la promesa de cancelar todas las deudas.

Su proyecto es bien recibido y la conspiración se expande por toda Roma, donde sus seguidores planean el asesinato de Cicerón y la toma de la ciudad. La siniestra operación es descubierta con anticipación y el complot es aplastado, arrestados gran cantidad de conjurados por las fuerzas del orden, siguiendo las órdenes de Cicerón, quien ha conseguido poderes excepcionales. Sólo queda en armas un pequeño ejército, al mando de Manlio, atrincherado en Fiésolo, a la espera de noticias sobre el asesinato, la rebelión y la toma de Roma. Los conspiradores capturados son encontrados culpables y condenados a muerte.

Catilina muere al frente de su ejército, en enero de 62 a.C., en la batalla de Pistoya.

De todo este enjambre de historias, finamente tejidas por Salustio, vale la pena destacar, por su gran actualidad, el mensaje que Manlio (el *legítimo*), lugarteniente de Catilina, envía al general Marcio Rex —donde quedaría demostrada, una vez más, aunque nadie se percate de ello, la Teoría del Tiempo Continuo, del filósofo francés Henri Bergson, la cual habrá de utilizar el poeta T.S. Eliot, quien tomara clases con él en la Sorbona, en 1908. Oigamos al filósofo en voz del poeta:

El tiempo presente y el tiempo pasado
tal vez en el tiempo futuro estén ambos presentes,
y el tiempo pasado contenga el futuro.
(Ver *Cuatro Cuartetos*)

Y volviendo a nuestra historia, dice Manlio en su misiva:

A los dioses y a los hombres, oh general, ponemos por testigos de que ni hemos tomado las armas contra Roma ni con ánimo de dañar a nadie, sino que desgraciados, indigentes, desprovistos muchos de patria y todos de crédito y fortuna por culpa de la inexorable crueldad de los usureros [*léase banqueros*], no podemos acogernos como nuestros mayores al beneficio de la ley, ni conservar la libertad de nuestro cuerpo: una vez perdido el patrimonio, sólo queremos proteger nuestras personas contra la arbitrariedad tan grande de los prestamistas y del pretor. Frecuentemente vuestros antepasados acudieron con sus leyes en socorro de nuestra indigencia, y en nuestros mismos días, a causa de la enormidad de las deudas, se ha decretado, con anuencia de todos los nobles el pago en cobre de los débitos contraídos en moneda de plata.¹

¹ Se trata de una ley anterior, en la que si se debía una moneda de plata se pagaba con una de cobre; la diferencia era de 4 a 1. Aquí los bancos, pasado un tiempo, hacen parecida oferta a sus clientes morosos: si les debías 100 mil pesos, se conforman con 25 mil, que sería, más o menos, lo que en principio se debía, sin los usureros intereses sobre intereses que acostumbran.

Más de una vez el pueblo, movido por el deseo de dominar o por la tiranía de los magistrados, separóse armado de los patricios. Nosotros, empero, no solicitamos mando ni riquezas, por cuya culpa se promueven entre los hombres toda clase de guerras y contiendas, sino libertad, a la que ningún hombre honrado renuncia sino con la vida. A ti y al Senado os conjuramos que miréis por estos infelices ciudadanos, queráis devolvernos la garantía de la ley, que la iniquidad del pretor nos arrebató, sin dar ocasión a que perezcamos después de haber vendido, como sea, lo más caro posible, nuestras vidas.

El pueblo entero, grita, exasperado: ¿oyeron, señores legisladores?

Ayer, hoy, mañana, qué importa. Son las mismas causas y, al parecer, las mismas respuestas, que no resuelven nada. Y mientras tanto, la usura se sigue apoderando de la riqueza del país. ❧

